

pilación de reseñas de los libros más relevantes dedicados al estudio de la literatura de viajes en los últimos años. Se abre este segundo espacio de debate con la reseña que Ovidiu Olar le dedica a un manuscrito antiguo, el ms. 17201 de la Biblioteca Nacional de Rumanía, en el que se relata una –falsa– genealogía del príncipe Constantino I. A continuación, las páginas de la revista se llenan de viajes y de aventureros. No se nos ocurre una mejor manera de poner el broche final al volumen que hablando de la vuelta al mundo de Magallanes, la Legatio Babilónica de Pedro Mártir de Anglería, los viajes a Tierra Santa de los aventureros españoles del Siglo de Oro, la expedición a California de fray Junípero Serra, los testimonios de quienes pasaron por la Valencia del siglo XIX o el viaje a Filipinas que Manuel Villalba y Burgos hizo en el significativo año de 1898.

El nuevo número de *Hispania Felix*, en fin, se nos presenta no solo como una entrada más al mundo de la cultura y civilización del Siglo de Oro, sino también como una auténtica reivindicación de la investigación sobre crónicas de viajes, género interdisciplinar en el que tienen cabida –y conviene no olvidarlo– la literatura, el urbanismo, las leyes, el arte, la geografía, la antropología, la sociología, la arquitectura... y, en definitiva, todas las Humanidades y

Ciencias Sociales. Desde la perspectiva rumano-española que caracteriza a la publicación promovida desde la Academia Rumana, tenemos la suerte de contar con un ramillete escogido de los más diversos –e interesantes– acercamientos al motivo del viaje, la ciudad y el espacio.

Guillermo Gómez Sánchez-Ferrer
Universidad Complutense de Madrid
/ Instituto del Teatro de Madrid
guillermo.gomez@ucm.es

Beltrán Almería, Luis

Simbolismo y Modernidad. Ed. Silvia A. Manzanilla. Mérida, México: Sedeculta-Conaculta, 2015. 400 pp. (ISBN: 978-607-8267-68-2)

A principios del siglo XX una generación de físicos de distintos países revolucionó para siempre nuestro conocimiento del universo y consiguió construir una teoría, la de la física cuántica, que supuso una innovación tan grande como la aparición en las artes del movimiento romántico, decidido a romper definitivamente con el clasicismo y el dogmatismo del criterio de autoridad. Estos físicos pretendían comprender el mundo y no buscaban aplicaciones prácticas a su teoría. Sin embargo, gracias a sus geniales aportaciones, hoy existe la

radioterapia, las telecomunicaciones han dado un salto sobrecogedor y el láser ha adquirido tanta presencia en la vida cotidiana que parece un pecado aparecer en el gimnasio sin una depilación metódica. Parece que muchos filólogos, durante los últimos cien años, han estado más pendientes de las aplicaciones (de las conclusiones inmediatas que dieran respuesta a las novedades o pasaran por alarde de ingenio) que de la teoría que las sustenta: tal vez ello explique la parálisis de sus teorías y, paradójicamente, la escasa repercusión social de sus investigaciones.

Werner Heisenberg explicó que basta la presencia del observador para perturbar cualquier medición; y Niels Bohr trabajó sobre la premisa de que no existe un acontecimiento o un proceso hasta el momento en el que es observado. Los estudios sobre estética no parecen aprender de las evidencias de la física y siguen cómodamente asentados en principios de trabajo premodernos.

Estudiamos literatura desde perspectivas culturalistas o formalistas como si la realidad preexistiera, como si no la condicionáramos desde nuestros prejuicios. Cuando el estudioso valora la estética que justifica una novela, no siempre reflexiona acerca de la deformación que su sistema de análisis, sus ideas previas o las condiciones culturales del mundo

en el que se ha formado imponen a su labor. No siempre es consciente de que, al comentar la obra literaria, la modaliza. O bien reflexionamos sobre uno de estos condicionantes y aplicamos nuestras conclusiones a lo observado olvidándonos de los otros.

Luis Beltrán Almería estudia en *Simbolismo y Modernidad*, con sutil agudeza, las claves que nos permiten comprender el significado de nuestro tiempo desde una perspectiva estética. Si los físicos han dado el salto de la mecánica newtoniana a la cuántica, los estudiosos de la literatura no parecen haber sido capaces de elaborar una filosofía de la literatura que sistematice teóricamente nuestros conocimientos sobre el hecho estético, de modo que la literatura se sigue explicando como una sucesión de modas que se relevan entre sí una vez que han fatigado a los receptores.

Beltrán enfrenta la encrucijada definiendo la Modernidad como el tiempo en el que el hombre se dispuso a ocupar el lugar que había ostentado Dios desde tiempos inmemoriales. Durante siglos el sentido del universo había descansado en un proyecto divino que exigía al hombre sacrificio y sumisión a la divinidad a cambio de eximirlo de buena parte de la responsabilidad; pero el nuevo hombre tiene como misión regir el universo y precisa de un proyecto estético, ontológico, epistemológico

y político nuevo. La humanidad ha adquirido un pesado e irrenunciable compromiso. Descifrar las condiciones de su misión y sus consecuencias supone el primer paso para cualquier reflexión estética, pero exige a su vez una reflexión estética previa. Tal es el propósito de *Simbolismo y Modernidad*: comprender en qué dirección deforma el objeto estudiado la universalidad, la masividad y la diversidad propia de la Modernidad.

Del mismo modo que las teorías cuánticas no se corresponden con el sentido común, porque el sentido común no sirve para hacer ciencia (Bohr afirmó que quienes no quedan horrorizados la primera vez que se enfrentan a la mecánica cuántica es porque no la han comprendido), la filosofía de la literatura, la teoría de la literatura, debe apartarse del sentido común para ofrecer explicaciones sólidas, duraderas, sencillas, al devenir literario, si desea merecer el prestigio científico que reclama.

Atravesamos un momento de debilidad epistemológica en el que predominan el escepticismo y el relativismo, que ha favorecido la elaboración de una etiqueta, *posmodernidad*, en la que parece hallarse cabida para cualquier contenido a la vez que para su contrario. El llamado pensamiento posmoderno no presenta una explicación uniforme del mundo y, puesto que su planteamiento epistemológico

niega todo principio universal sin aportar una alternativa válida para explicar lo que refuta, resulta imposible fijar para él unas características que no puedan acomodarse a continuación a las necesidades del estudio, que se convierte en un nuevo Procusto, aquel bandido que ajustaba a sus huéspedes a la medida de su cama cortando sus extremidades o estirándolos a martillazos. El estudioso posmoderno a menudo aplica el procedimiento de Procusto a su objeto de estudio: si no cabe en la cama o si le sobra espacio, he aquí una prueba, sostiene, de que la negación se ha enseñoreado de todo sistema de pensamiento, y bastará aplicar esa misma negación como martillo o sierra para que todo cuadre y el mundo vuelva a adquirir orden a fuerza de puro caos.

Tan dogmático como el monologismo es el relativismo extremo, puesto que, al negar absolutamente, la negación se transforma en el único principio sistematizador, se convierte en el único camino posible para aproximarse a la verdad, a la ciencia, a la estética, y se niega a sí misma. La negación es un paso previo al estudio, pero no sirve para explicar nada, como demuestra la duda metódica cartesiana. Así que la posmodernidad consiste, para Lyotard, en la incredulidad hacia los metarrelatos sobre los que la ciencia moderna construía sus teorías, para Fukuyama en la muerte

de la historia, para Derrida en el fin de la relación entre la obra y el texto, para Foster en el desprestigio de las tradiciones estéticas, y para Vattimo en la imposibilidad de fijar un valor contrastable de realidad. Definiciones negativas, soluciones que solo cubren una frontera temporal extraordinariamente limitada. Los árboles nos impiden ver el bosque y la proximidad nos oculta las particularidades del momento que vivimos, caracterizado por la diversidad y la contradicción, cierto, pero inexplicable desde la perspectiva exclusivista y de pretensiones totalitarias del relativismo extremo. Si queremos comprenderlo, no hay más camino que dar un paso atrás para tomar perspectiva y así considerar periodos amplios. Si el estudioso se limita a la simplicidad de lo obvio y a la evidencia de lo inmediato, difícilmente podrá encontrar respuestas satisfactorias a las preguntas que el ser humano intenta responder desde que asumió la responsabilidad de razonar de modo sistemático. *Simbolismo y Modernidad* se convierte en una utilísima herramienta para evitar tal tentación.

Solo reflexionando sobre la Modernidad podremos encontrar después un método que nos permita comprender su pensamiento y su producción artística. Y ello supone abordar preguntas que precisan de una respuesta, más allá de la mera

hipótesis de trabajo. ¿Cuál es la mitología que el hombre-dios ha creado para regir el universo del que ahora se siente responsable? ¿Sobre qué sistema simbólico se sustenta? ¿Qué papel juegan en él la cultura erudita y el folclore? ¿Cómo puede innovar lo popular para alimentar a la Modernidad, si responde a exigencias de tradiciones milenarias? ¿Por qué la Modernidad viene asociada a un resurgir del hermetismo? ¿Fue, como propone la crítica anglosajona mayoritaria, el XIX el siglo del realismo y el XX el del modernismo? ¿Qué es realismo y qué es simbolismo? ¿Es Dostoievski realista o simbolista? ¿Es el simbolismo la estética de la Modernidad? ¿Podemos alcanzar una teoría que unifique ambas cosmovisiones e incorpore también las nuevas manifestaciones del siglo XXI? ¿Necesitamos recurrir al término *posmodernidad* para explicar una época en la que se impone la función mítica, la incertidumbre epistemológica, la reflexión metacultural, metalingüística y metaficcional? ¿Debemos enfrentarnos al estudio de la estética desde perspectivas culturalistas o formalistas, o existe una tercera opción? ¿Son más modernos los escritores actuales que Goethe, Balzac o Clarín? ¿Nos acercamos al anunciado fin de la Historia, o nos quedan aún etapas por cubrir? ¿Es la Modernidad un hito más en el largo viaje a través del espíritu que

está realizando la humanidad desde su origen? ¿Es el individualismo con-natural a la Modernidad, o solo su etapa infantil? ¿Cuál será el siguiente episodio en la rebelión de las masas que vivimos? ¿Son el escepticismo y el relativismo los estados superiores de la conciencia? ¿Puede el ser humano progresar desde su solipsismo individualista? ¿Es el estudio de la estética una mera manifestación de los valores impuestos por la burguesía? ¿Son las propiedades del objeto estético las que lo hacen valioso, o su relación con los consumidores estéticos? ¿Hasta qué punto la belleza es relativa y, por tanto, no puede estudiarse científicamente? ¿Es dogmático y reaccionario postular una teoría del valor estético? ¿Es posible construir una crítica filosófica que prescindiera de la estética? ¿Puede cimentarse el estudio de la estética en un concepto histórico-filosófico en lugar de hacerlo en uno histórico-empírico? ¿Puede estudiarse la estética como manifestación de la evolución de la humanidad? ¿Pueden explicarse desde la estética otros fenómenos modernos, como por ejemplo los nacionalismos?

Beltrán consigue conjugar el rigor con el humor y encuentra en la reducción al absurdo una herramienta infalible. Resulta imposible, por ejemplo, no disfrutar con su crítica feroz e hilarante de los exce-

sos del culturalismo, cuando explica cómo Jo Labanyi sostiene que el carácter extraordinariamente autorreflexivo de *Lo prohibido*, de Galdós, se debe al abandono de la peseta del patrón oro el año anterior a su publicación. El autor de *Simbolismo y Modernidad* aprovecha tal ocurrencia disfrazada de agudeza histórico-sociológica para realizar una crítica mordaz de ese mecanicismo que pretende que a cada forma social le corresponde una forma ideológica que a su vez determina de forma automática una estética ajena a cualquier libertad por parte del creador. Beltrán se maravilla de que *Sotileza*, de Pereda, publicada el mismo año, no presente idénticas características y plantea un cómico estudio de la literatura española desde entonces basado en la irresistible influencia de los cambios de patrón monetario, que explicaría una edad de plata (que no por casualidad coincidiría con nuestra edad de plata), una edad de papel (que correspondería a la hiperinflación de la Guerra Civil) y una de cuproníquel. Tras la broma se oculta una de las más importantes aportaciones de este libro: los estudios estéticos deben desarrollar su propio método para no seguir convertidos en deudores o esclavos de la historia, la economía o la sociología.

Tal vez *Simbolismo y Modernidad* no ofrecerá respuesta a tantas

preguntas, pero sin duda ayudará al lector, en primer lugar, a plantearse, en segundo, a hacerlo de una forma coherente y sistemática, y en tercero, a encontrar sus propias soluciones. Porque elaborar teorías estéticas antes de responder a estas cuestiones es tanto como investigar el comportamiento del átomo con un instrumental científico cuyo alcance y limitaciones no han sido estudiados previamente. Ni Bohr ni Heisenberg tolerarían tal imprudencia.

Alfonso Ruiz de Aguirre
Colegio El Carmelo Teresiano
(Madrid)
ruizdeaguirre68@gmail.com

Beltrán Almería, Luis, Rosa de Diego, Marisa Sotelo Vázquez y Dolores Thion, eds.

Diálogos de la frontera: de la cultura popular a la cultura de masas en la era moderna. Zaragoza: Institución Fernando el Católico-CSIC, 2016. 318 pp. (ISBN: 978-84-9911-250-3)

Este volumen es el cuarto de una serie que el grupo de investigación *Tendencias culturales transpirenaicas* ha dedicado al estudio del proceso de convergencia entre la cultura elevada y la cultura popular en la Modernidad. Hallamos aquí contribuciones de profesores de ambos lados de la fron-

tera pirenaica: Navarra, Aragón, País Vasco, Cataluña, Cantabria, Galicia y Madrid por parte española, y Aquitania (Universidad de Pau et des Pays de l'Adour) por el lado francés, así como de Italia (Universidad de Padua).

Son seis los temas generales que abordan los artículos: espacio, viajes y textos a través de los Pirineos; la relación entre lo culto y lo popular en la Modernidad; leyenda y tradición en la escritura de los siglos XIX y XX; diálogos entre la alta cultura y la cultura popular; lengua, publicidad y cine en los siglos XIX y XX; y la popularización de la cultura en la prensa.

Es interesante constatar cómo a partir de estudios locales (artículos sobre temas aragoneses, gascones, vascos) se puede extraer una visión global, de mayor ámbito y perspectiva, más internacional, de lo que significa el paso de la cultura popular a la cultura moderna o de masas. De igual manera, el estudio de diferentes expresiones artísticas (cómic, textos cultos, cuentos populares, novela, relatos de viajes, revistas satíricas, publicidad, cine o teatro) nos ayuda a comprender de una manera más general el estado actual de la cultura popular moderna.

Uno de los apartados temáticos del libro ahonda en las relaciones entre lo culto y lo popular. En el artículo "Niveles de lectura: lectura culta y lectura popular en la teoría litera-